J. ANDRÉS DE PRADA



LAS FRAGUAS

Comedia dramática en dos actos y en prosa.

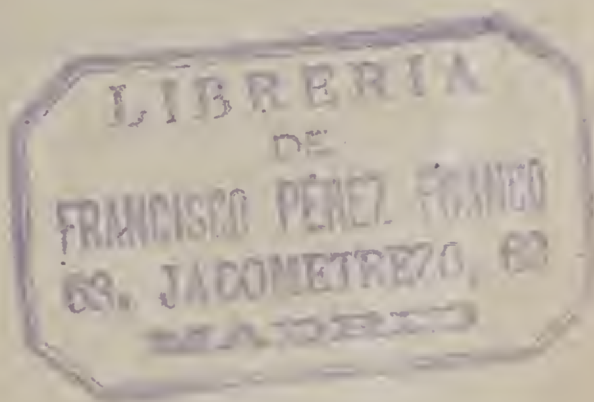


MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
CALLE DEL PRADO, NÚM. 24

1915

Ejemplar de
E. Pérez

LAS FRAGUAS



LAS FRAGUAS

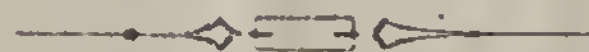
COMEDIA DRAMÁTICA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

J. ANDRES DE PRADA

Estrenada con EXITO EXTRAORDINARIO en el Coliseo Imperial el 8 de Marzo de 1915



MADRID
Imp. «Artística» de Sáez Hermanos
Calle de Monserrat, 7

1915

Juicios crìticos de la Prensa.

Publicamos á continuación algunos de los párrafos que si guiendo al relato del argumento de la obra, publicaron lo grandes periódicos madrileños al día siguiente del estreno d esta obra:

«LAS FRAGUAS

Coliseo Imperial:—El joven autor don J. Andrés Prada, que y en este mismo teatro ha escuchado los aplausos del público, tuv anoche un éxito grande con su nueva obra en dos actos, titulad *Las Fraguas*.

La nueva obra es un drama, en el que hay grandes aciert de autor.

El interés vivísimo que empieza á sentir el público en las prim ras escenas no decae ni un solo momento, y al terminar el prim acto los espectadores desean conocer cuanto antes el desenlace d la obra.

El público aplaudió muchas escenas, y obligó á presentarse mu chas veces al autor en el palco escénico al final del primer ac y, sobre todo, al finalizar la representación.

Contribuyeron al buen éxito algunos de los intérpretes, especia mente la señoras Mesa y Muñoz San Pedro, el señor Balmaña, qu estuvo acertadísimo, y el señor Soto.

Las fraguas es una obra que dará mucho dinero á la Empres del Coliseo».

(De *La Correspondencia de España*'.

***

«... Con este asunto el joven autor don José Andrés de Prada e cribió con muy sonora prosa, que dijeron muy bien todos los inté pretes, dos actos, inferior el segundo al primero, que ayer, con título de *Las fraguas*, le proporcionaron un sonadísimo triunfo e el Coliseo Imperial.

El público que siguió con vivísimo interés el desarrollo de obra, obligó con sus aplausos á su autor á presentarse en el pal escénico muchísimas veces.»

(De *La Tribuna*.)

***

«... La obra, cuya acción se desarrolla en un pueblo de Asturia y que está correctamente escrita, gustó al público que aplaudió su autor á la terminación del primer acto y le obligó á presentar en escena muchas veces al final de la representación.»

(De *El Liberal*.)

***

«... El señor Prada que es muy joven, revela tener grandísim condiciones y hará obras muy buenas, á juzgar por la que ayer e trenó. En ella hay pasión, vehemencia, atrevimientos y lucha ideas, y en ella se plantea un problema humano que se desenvu

ve en situaciones valientemente expuestas, haciendo gala de un lenguaje muy cuidado y sembrándolo de pensamientos bellísimos.»

(Del *Heraldo de Madrid.)*

***

«Con felicísimo éxito se ha estrenado ayer en el Coliseo Imperial la comedia en dos actos, de J. Andrés de Prada, titulada *Las fraguas*. Desde las primeras escenas de la obra el joven autor, que ha llevado al teatro un asunto social de escabroso y difícil desarrollo, logró conquistar el interés del público, creando situaciones de fuerte intensidad emotiva.

Las fraguas es la consagración de un hecho tristemente real, que refleja en su fondo un alma noble, vigorosa, llena de sana rebeldía ante las egoístas y ruines conveniencias de una familia de alta alcurnia, hipócrita y austera. Con asombrosa maestría, digna de admiración, si se tiene en cuenta la joven edad de Prada, éste sabe desarrollar en *Las fraguas* pasajes altamente teatrales que ostentan vivísimas pinceladas de comedia y drama, y poner en boca de sus personajes diálogos tan atrevidos como sinceros, que, á pesar de su expresión clarísima y sencilla, encierran pensamientos muy humanos y profundos.

En resumen, que *Las fraguas* ha resultado un acontecimiento teatral y que J. Andrés de Prada comienza á saborear con mucha fortuna las delicias del triunfo y el placer de las pesetas.»

(De *España Nueva.*)

***

«Tal es, en síntesis, el argumento de la obra en dos actos que ayer estrenó J. Andrés de Prada en el Coliseo Imperial.

Triunfar (como Prada lo consiguió con el asunto de *Las fraguas*) del público del Coliseo, constituye un acierto completo.

Al final del primer acto el autor salió al proscenio así como durante la representación. En el segundo fueron varias las escenas que el público aplaudió, llegando en algunas, de gran tensión dramática, á identificarse con la obra hasta el punto de irrumpir en espontáneas exclamaciones. Al terminar la obra el autor tuvo que presentarse muchas veces en la escena á escuchar los aplausos.

En la representación distinguiéronse notablemente las señoras Mesa y Muñoz San Pedro, y los señores Balmaña, Aguado y Soto.

La obra está magistralmente hecha, revela en su autor un espíritu de dramaturgo, y por mucho tiempo figurará en los carteles.»

(De *La Mañana.*)

***

«La nueva producción teatral original del señor Prada, que se estrenó ayer en el Coliseo Imperial, agradó muchísimo á la concurrencia.

El autor ha escrito un intenso drama realista, en el que, aparte de algunos efectismos, que los actores acentuaron bastante, buscando el fácil aplauso del público, hay en la obra interés y emoción, pintura de caracteres y de ambiente y una tesis expuesta con virilidad y atrevimiento.

La fábula, un tanto convencional, desarrollada en los moldes

y en la técnica echegarayesca llega á conmover y á producir efectos.»

(De *España Libre.*)

***

«Llevar el asunto de *Las fraguas* al Coliseo Imperial y obtener un triunfo como el que J. Andrés de Prada ha obtenido en el estreno de su última obra, equivale á triunfar en toda la línea, mucho más si se tiene en cuenta que el autor llegó con su tino hasta el límite de la exposición; es decir, hasta la divisoria que decide entre el éxito ruidoso y la protesta de un público asustadizo y acostumbrado á comedias amorfas, como muchas de las que se representan en el Coliseo.

Prada trata en su obra una cuestión que con harta frecuencia se suscita en nuestra sociedad, y lo hace con tal acierto que el público aplaude irresistiblemente en varias escenas.

Llega á más. A semejanza de lo que ocurre en *La fuerza bruta* y en otras obras intensamente dramáticas, el público no puede substraerse á irrumpir en espontáneas exclamaciones, según le surgieren los distintos personajes de la comedia. Y esto ocurre desde que comienza la representación, prueba evidente de que el público «entra» de lleno en la obra y se identifica en absoluto con ella.

Al terminar el primer acto, el autor hubo de salir al proscenio á escuchar un aplauso unánime.

El segundo tiene escenas verdaderamente admirables, y en no pocos momentos la representación ha de suspenderse por motivo de los aplausos. Cuando finalizó este acto, último de la obra, el el autor salió repetidas veces á escena, en medio de una ruidosísima ovación.

(De *La Patria.*)

A D. José Rocamora

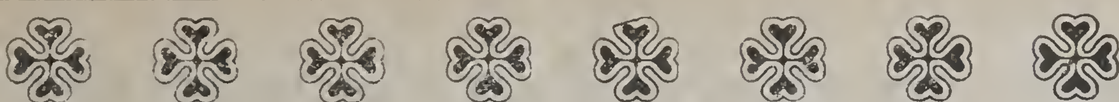
maestro del periodismo español, pequeño homenaje de una gran admiración

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Inés Jimeno de Toledo, Duquesa de Miraelsol	Sra. Mesa.
Cecilia	» Muñoz San Pedro
Ama Andrea	» Solis.
Maruxa	» Espejo.
Carmiña	Srta. Echevarría.
La loca Juanela	» Norro.
Padre Jesús	Sr. Balmaña.
Carlos de Alvear y Jimeno	» Soto.
Don Andrés Alvear, Duque de Miraelsol	» Infiesto.
Fray Luis de la Humildad, Prior del Convento de Dominicos	» Aguado.
Matías Olmillo	» Tobías.
Don Justo de Alvear	» Alvera.
Juanelón	» Torres.
Folgeiro	» Porres.
Criado primero	» Valcázar.
Criado segundo	» Pineda.

Época actual.



ACTO PRIMERO

La escena simula ser un vetusto salón en el palacio señorial que en Puebla-Vieja, aldea humildísima enclavada entre Galicia y León, poseen los duques de Miraelsol. Puertas antiguas laterales y al fondo. Ancho ventanal gótico practicable al foro. Dos bargueños antiguos, cuadros con imágenes sagradas. Un viejo velón modernizado y sillones frailunos.

Es de día. Una mañana de Otoño.

ESCENA PRIMERA

MARUXA atizando los leños de la chimenea y CARMIÑA de rodillas junto á ella oyéndola referir.

Maruxa. «...Y llevaba la Virgen un rastrillo de plata y unas ajorcas de oro y todo el pecho como si mismamente las estrellas escaparan del cielo para ponerse allí.

Carmiña. ¿Y el señor Cura, madre?

Maruxa. La capa nueva, aquella que tiene en medio mismamente un sol todo dorado y unas palomas todas blancas.

Carmiña. ¿Y había un gentío?

Maruxa. Como de tal fiesta, que en veinte leguas á la redonda jamás la hubieran como esa de Valdellano.

Carmiña. Diérame gusto haberlo visto, madre.

Maruxa. También á mí, que siempre que tu abuelo me lo contaba, trabajo les daba para cerrarme la boca.

Carmiña. Estos señores vienen poco al pueblo.

Maruxa. Dos veces al año suelen, ya hace muchos, arribar por aquí.

Carmiña. Y para lo que vienen...

Maruxa. ¿Callarás? Son los amos, y lo que hicieron, siempre bien hecho estuvo para tus abuelos y tus padres y ha de estarlo para ti también.
Carmiña. Séalo si usté lo manda, pero déjeme, que, aunque por fuera parézcame bien, por dentro...
Maruxa. ¿Eh?... ¡La mocosa!
Carmiña. No me se enfade, madre, y sígame contando. ¿Y las andas? ¿Cómo eran las andas?
Maruxa. Como las de nuestra Virgen de la Puebla; de plata maciza y...

ESCENA II

DICHOS y AMA ANDREA por derecha.

Ama. ¿Olvidaron la faena?
Maruxa. Ama Andrea...
Ama. No oyeron, sin duda, la última campanada del convento que diera las once; porque de haberla oído y saber que á esta hora, cuarto más ó menos, llegarán los señores, no estarían mano sobre mano.
Maruxa. Atizaba estos leños que mal quieren arder.
Ama. ¿Y la chicuela?
Carmiña. Yo también atizaba los leños ..
Ama. Vaya, vaya, déjenlos y cuiden á ver si las habitaciones tienen las cosas en su debido sitio y nada falta que arreglar.
Maruxa. Corriendo. (*Se levantan y vanse por izquierda.*)

ESCENA TERCERA

DICHOS y PADRE JESÚS por foro. Es un viejo rector, todo bondad, aunque algo amargado, porque los frailes vecinos le quitan feligreses.

Ama. Don Jesús ¡cuánto bueno!
P. Jesús. Dios la bendiga *(Aparte)* que falta le hace.
Ama. ¿Qué le trae por esta casa? Dijérase que estábamos condenados. Nunca su merced nos visita.
P. Jesús. ¿Para qué?
Ama. Unas veces porque nos precisa y otras por charlar un rato.
P. Jesús. Lo segundo ya sabe mi buena doña Andrea, que no entra en mis aficiones. El mucho hablar puede ser

origen de pecado. En cuanto á lo primero, bien cerca me tienen.

na. Verdad que es, que vecina es la rectoría del palacio de mis señores.

Jesús. Más que vecina. Es parte del palacio. Los bisabuelos del duque, unos viejos infanzones de la nobleza española, pensaron, con muy buen acuerdo, que pueblo como éste era dolor que hubiera cada domingo que subir á Valdellano para oir la misa, y como en hacer una iglesia siempre se echa tiempo, y algunas hay que se comienzan y no se acaban, porque la piedad de dar dinero dura menos que la piedad de pensar darlo, mandaron poner tabiques; levantaron una torre; pusieron una campana, y, ¡tate! ¡Ya tiene iglesia el pueblo! ¿Que fuera el local el que siempre fué caballeriza? ¡Qué le hemos de hacer! La intención lo borra todo.

na. Siempre ha de pisar usted en algo.

Jesús. Señal de que el camino por el que voy no está muy llano.

na. O que usted busca lo escabroso.

Jesús. No, hija, yo no busco nada. Camino adelante, donde veo un guijo, lo piso, por si tengo fuerza para deshacerlo... ¿que no la tengo? pues lo cojo, y ó me lo meto en los bolsillos de la sotana, ó lo tiro fuera de la carretera.

na. La piedad de mis señores es mucha. Vea, vea su merced la imagen de nuestra Señora que trajeron de París por encargo suyo, para los frailes dominicos.

Jesús. ¿Por encargo suyo, ó por encargo de ellos?

na. ¿Por qué lo dice?

Jesús. Dios me perdone; pero desde que estos buenos hermanos se instalaron en el convento, hasta el cepillo de las Animas enflaquece. Y es lo que yo me digo: ó los feligreses se han enterado de que las ánimas de los suyos ya no están en el Purgatorio y emplean el aceite en otros menesteres, ó creen que mis oraciones y las lámparas de mi rectoría tienen menos eficacia que la de los hermanitos. Puede ser que como ellos son muchos y sus lámparas de plata...

na. ¡Padre Jesús!

Jesús. ¡Ay! Dios me perdone. ¿Ve cómo el mucho hablar da origen á pecado? No me ponga guijitos en el camino, mi buena doña Andrea.

na. Fué su merced quien...

P. Jesús. Basta, basta... ¿A qué vine yo aquí, Señor? ¡Ah, ya querÍa saber la hora en que los señores llegaban par decir al monaguillo que diera á vuelo las campanas.

Ama. No la sé fijamente.

P. Jesús. De seguro que la sabrán los dominicos. Claro, toca ellos primero la campana, y luego dicen: Nosotros s mos siempre los primeros en todo. En todo ¡hasta e pedir! Que á doña Ursula, la de los molinos, que da l sábados para el culto de la semana, van los vierne por la noche...

Ama. Está disparatado hoy Padre Jesús.

P. Jesús. Tiene razón. Bueno, pues lo que es hoy no tocan pr mero. No faltaba más (*Marcando el mutis*) que tam bién en eso se me adelanten los... (*Al llegar al fo óyense campanas.*) ¡Los hermanitos! ¡La campana d los hermanitos! Señor, ¿qué te ha hecho mi pobre re toría para que así la dejes avasallar? ¿Qué te hice y Señor, qué te hice yo que te desmereciera? ¡Ah, ah!.. ¡Pero tocan con una sola, con una sola! Ahora voy y las echo todas, todas, y si no son bastantes, el m naguillo y yo haremos de campana también. (*Vase p foro muy contrariado.*)

Ama. ¡Pobre don Jesús! Dame lástima en ocasiones; pero ¡ tan poco disimulado para decir lo que piensa ó lo q sabe! (*Asomándose á la ventana.*) ¿Vendrán ya l señores? No, no, no se divisa el coche y ¡cuidado q alcanza la vista! Los molinos, la carretera de León ¡Uy, cómo está de nieve la montaña! ¡Y qué hermo hace el sol cuando cae sobre la nieve!

ESCENA IV

DICHOS y FOLGUEIRO; CRIADO PRIMERO y SEGUNDO por derecha corriendo.

Folgueiro Ama Andrea.

Criado I. Ama Andrea.

Criado II. Ama Andrea.

Ama. ¿Eh? ¿Qué os pasa?

Folgueiro El convento echó á vuelo las campanas.

Criado I. Y la rectoría; óigales.

Criado II. Los señores deben estar ya cerca.

Ama. ¿Quedó todo arreglado?

Criado II. Todo.

ma. ¿Puso en orden el comedor?
riado I. Y servida la mesa con dos platos de más, por si trajeran convidados. ¿Quiere que salgamos hasta el erial para recibirlos?
ma. Salgan; pero cuídense de volver á tiempo que los señores, que no sería favor para todos que todo no lo hallasen en su puesto.
olgueiro Vamos, vamos.
ma. Son buenos, y sobre todo, son inocentes. Vamos á ver lo que hicieron.

ESCENA V

ICH S, y por derecha MATÍAS OLMILLO, viejo jardinero, con un ramo de flores.

Matías. Ama Andrea...
Ama. Oh, ¿qué trae por aquí, señor Matías Olmillo? ¡Cómo cuida de las flores el buen jardinero de la casa!
Matías. Cuidé de ellas, ama Andrea; pero no sirvió del todo, que hubo ladrón que robóme lo que más cuidaba.
Ama. ¿Sí, eh? Ya dije á los señores que era de menester poner una tapia al jardín, no porque en el pueblo no se respete por las gentes, sino por librar de la tentación á los zagales. La otra tarde misma vi yo desde esta ventana, cómo uno atrevido se metió entre los rosales y llevóse una rosa encarnada que daba envidia mirar.
Matías. Fueran todas las que se robaran como esa, que otras dan las ramas y si á mano viene más hermosas.
Ama. Mire que son bonitas; la señora habrá de agradecerle el obsequio.
Matías. ¿Así lo cree?
Ama. Ya sabe lo que fueron siempre los señores para todos. Allá en la capital no tendrán los señores tan buen jardín. ¿Viólo en sus viajes usted?
Matías. Y lo cuidé hace diez años. Entonces era mi pobre hijo el jardinero de acá. Ah, si aún lo fuera, ¿hubiéranse atrevido los menguados á robarme la mejor flor que tenía?
Ama. ¿Qué dice? Nótole un gesto extraño en la cara y un timbre extraño en la voz, ¿llora?
Matías. No. Perdóneme. Recordaba al hijo y...
Ama. No se entristezca. Los males de la tierra mándalos Dios, y su voluntad se ha de respetar. Él se lo llevó

quién sabe si para evitarle un dolor mayor que el d
la muerte misma. Resígnese.

Matías. Sí, tiene usted razón. Él se lo llevó quizá para evitar
le otro dolor mayor que el de la muerte misma.

Ama. ¿Y Cecilia, su nieta?

Matías. ¿Eh?... Ah, Cecilia, abajo quedó.

Ama. ¿Se habrá compuesto para recibir á los señores.

Matías. Siempre lo está.

Ama. Y tiene razón, que moza más galana en el vestir, n
la hubo jamás en el pueblo. Ya hace días que no la
veo. ¡Que digo días! meses, casi dos meses.

Matías. Sale poco.

Ama. Bueno; pues traiga y dejaré á la señora las flores en
su cuarto.

Matías. Es que...

Ama. Ah, quiere dárselas usted. Justo es que la alabanza la
(óyese dentro música lejana de órgano) escuche
quien hace el obsequio. Baje si quiere á la galería. Los
señores deben haber llegado ya al convento. ¿No es-
cucha el órgano?

Matías. Dígame... ¿Viene también el señorito Carlos?

Ama. Sí; trae licencia de su coronel para pasar con sus pa-
dres un mes. Ya es primer teniente; tiene otra estrella.
Y dícenme los señores en su carta que está desconoci-
do de formal y juicioso.

Matías. ¿Formal? ¿Ha dicho formal?

Ama. Sí. Ya sabe que adoleció de lo contrario. Pero ahora
ha jurado borrar toda la vida pasada y no volver ja-
más á ella. De lo que fué no quiere ni acordarse.

Matías. ¿Eh? Dígame eso otra vez. Repítame eso que juró el
señorito Carlos.

Ama. Que quiere olvidar y borrar todo lo que hizo malo.

Matías. Pero; ¿querrá borrarlo haciendo bien?

Ama. Quiere borrarlo olvidándolo todo. De lo que hiciera
hasta hace dos meses, prometió no acordarse.

Matías. Pero si hizo un mal...

Ama. Lo tiene perdonado, por un juramento, de no repetirlo.

Matías. Y si lo causó, ¿no ha de repararlo?

Ama. Tengo orden, y he de decirlo á todos, de que no se le
hable al señorito de ninguna de sus fechorías pasadas.
El que viene no es el que se fué, es otro.

Matías. ¿Otro? Entonces...

Ama. ¡Ya están aquí! Venga, venga. *(Vase por foro.)*

Voces. *(Dentro.)* ¡Vivan los amos! ¡Vivan! ¡Vivan los seño-
res! ¡Vivan!

atías. ¡Mi nieta! ¡Mi nieta! ¡Mi pobre nieta! *(Vase por derecha.)*

ESCENA VI

guen oyéndose fuera los gritos de los colonos, y por foro van entrando DON ANDRÉS, DOÑA INÉS, FRAY LUIS, CARLOS, oficial de Caballería y AMA ANDREA.

ndrés. Adelante, adelante.

és. Todo como ayer. El mismo orden, la misma limpieza, Me encanta Puebla Vieja, y sobre todo, mi casa de Puebla Vieja por esto.

ndres. Pase Fray Luis. ¿Usted no debe conocer la casa?

. Luis. No, en efecto; no la conozco.

és. *(Al ama.)* Dí á esos que callen, que con tal algarabía va á ser difícil entendernos. Ah, ama Andrea, te felicito. Cuidas de todo con un esmero...

ma. El que merecen los señores. Voy, con permiso, á decir que callen.

és. Y diles que ahora, después de descansar los recibiré á todos. *(Vase el ama por foro.* DOÑA INÉS *se quita el velo y guardapolvo.)* Es una de mis primeras ocupaciones al venir aquí. Pero siéntese, Fray Luis.

r. Luis. Con la venia de la señora duquesa. *(Se sienta.)*

és. ¿Y Carlos?

arlos. Aquí estoy, mamá.

és. Ven. Le presentaré á usted. El atender á los colonos me distrajo de este deber. Mi hijo Carlos. El nuevo rector del convento, Fray Luis de...

r. Luis. ...de la Humildad.

arlos. Caballero.

és. Estamos contentísimos de él. Su carrera brillante correspondió á nuestros afanes de que el heredero del ducado lo fuese dignamente.

ndrés. Algo traviesillo fué...

arlos. Papá, por Dios.

és. Andrés, del pasado convinimos no hablar.

ndrés. Pero á Fray Luis debe decírsele todo.

és. Carlos, como todos los muchachos, ha sido un poco travieso. Criado en sobra de mimos, pues ni su padre ni yo supimos negarle nunca nada, se prevaleció de ese dominio de nuestra voluntad é hizo una vida un poco ligera, un poco censurable.

Fr. Luis. ¿Sin ofender á Dios?

Inés. Por lo menos sin la intención de ofenderle.

Fr. Luis. Atenúa sus faltas esa salvedad, y pues el propósito e firme y la enmienda ha comenzado, evítele, señor mía, en gracia siquiera á mi primera visita á esta san ta casa, el sonrojo más leve. La vida joven está sem brada de zarzales. Por ellos van nuestras almas ciega cuando la luz de la razón y del deber no las guían. halló el luminar de la suya, no lo nuble jamás su co ducta, que es luz la de ese camino que conduce al ci lo, que alumbra sólo una vez y que perdida lo es pa siempre.

Andrés. No fué malo. Ideas un poquillo exaltadas...

Inés. Ideas de juventud.

Fr. Luis. Pero que arraigan y son peligrosas.

Carlos. En ese punto estoy conforme. Mis ideas, fray Lui fueron siempre inspiradas en algo secreto que las d vida y las impulsó. Fuí derrochador, porque vi ham bres y miserias; fuí alegre, porque vi penas y sins bores; fuí loco, porque vi que el ser cuerdo en ciert ocasiones, conduce á la locura; y como de mis derr ches comieron los que tenían hambre y vistieron l que estaban desnudos; como de mi alegría tomar consuelo los que sufrían pesares; como de mi locu se contagiaron para engañar la vida los que la vi engañó, justifiqué ante mi conciencia mis actos, c una sola frase: El mal de algunos es el bien de m chos. ¿Qué mayor bien podemos hacer los ricos q el de nuestro propio mal?

Fr. Luis. ¡Teoría más extraña! ¿Causarse el mal por el bi ajeno?

Carlos. Cristo lo dijo.

Fr. Luis. Usted no entendió lo que dijo Cristo.

Carlos. Yo viajé mucho, fray Luis. Con mi preceptor, un vi jo canónigo de Salamanca, corrí Francia, Italia, Egi to, El Bósforo, y entre tantos amaneceres en difere tes países, no vi uno sólo en que mi primer pens miento diario no fuera el de hacer un bien. Una noc en Venecia, regresando por el Canal á nuestro hosp daje, vimos que las aguas se agitaban furiosa men Hicimos dirigir la góndola al sitio de la borrasca, y c el asombro más inocente de mi buen preceptor, n hallamos con un hombre que se quería suicidar. ayudé á salvarse, lo llevé al hotel y lo tendí en mi c ma. El desgraciado se quería matar por hambre. V cié en su bolsa todos mis florines y callé. Al otro d

cuando despertó y vióse casi rico, salió corriendo sin darme las gracias, y ¡asómbrese usted! se metió en la primer bodega que halló al paso. Mi preceptor no me perdonó en muchos días el tener que ir en tercera de Venecia á Roma, por falta de los recursos que el ex suicida se bebía tranquilamente. Pero yo... ¡hice un

r. Luis. bien! ¿Un bien proteger al vicio?

arlos. Los hay, fray Luis, que equivalen á una virtud. El beber aquel hombre en aquella mañana sus buenos tragos de Chianti, le harían olvidar la idea del suicidio. Si yo no me hubiera impuesto el suplicio de ir en tercera, aquel desgraciado se hubiera suicidado al día siguiente.

ndrés. Así han sido todas sus travesuras, censurables en apariencia, pero con un fondo de gran bondad.

és. Excúselo Fray Luis...

arlos. Por eso yo soy de los que patrocinan todas las fiestas benéficas, y cuando más champagne se consume, más panecillos pasan al día siguiente á la despensa de los pobres.

és. ¡Carlos!

arlos. Y, ¿sabe usted lo que hago en los bailes de caridad que da mi madre? Hacer servir al principio, al precio corriente, el champagne legítimo, y luego las botellas de sidra con etiquetas de Pommery las hago cobrar á veinte duros. ¡Y que beban muchas! Me produce una satisfacción tan grande, saber que aquello me lo agradecerán los pobres.

és. Calla, calla.

ndrés. ¿Que dirá Fray Luis?

arlos. Decir, dirá que soy un loco sin esperanza de curar, pero te apuesto, papá cien pesetas—para limosnas, ¿eh?—á que para dentro de sus hábitos está pensando.—¡El demonio de chico éste, pues tiene razón!

r. Luis. Vaya, vaya.

ESCENA VII

DICHOS y PADRE JESÚS por el foro.

Jesús. ¿Se puede pasar?

ndrés. Adelante, adelante.

és. ¡Padre Jesús!

Jesús. Señores míos. (*Saludando á todos.*) Hermano. (*Aparte.*) Pero, ¿cómo habrá dicho la misa este hom-

bre para acabar antes que yo?... (*Alto.*) ¡Carlitos!

Carlos. Usted tan fuerte.

Inés. Siéntese, siéntese mi buen rector. Se hace bien caro de ver.

P. Jesús. Sí, no me gusta molestar á los viajeros apenas llegan. (*Aparte.*) Anda, ya va una.

Andrés. Usted nunca molesta en esta casa. Ya sabe cuanto se le quiere...

Inés. Pero ¡si por usted no pasa el tiempo!... Cada vez la encuentro más joven. ¡Qué alegría la de verles á ustedes! En Puebla Vieja no tengo más que dos grandes afectos: el convento y la rectoral.

P. Jesús. (*Aparte.*) ¡Que ocasión para pedir unas cosillas de altar que me están haciendo falta! ¿Lo habrá pedido ya el fraile?

Fr. Luis. Señora; esa bondad de usted para con nosotros, humildes siervos del Señor, merece todas nuestras gratitudes, y pues tan bondadosa y pródiga es la señora duquesa... ¿Verdad Padre Jesús que debemos corresponder con franqueza igual?

P. Jesús. Eso creo yo, y por tanto...

Fr. Luis. Por tanto, yo también señora voy á permitirme rogarle el envío de...

P. Jesús. (*Aparte.*) ¿De qúe será?

Fr. Luis. De unas vinajeras...

P. Jesús. (*Aparte.*) ¡Las pidió!

Fr. Luis. Las que usamos están ya tan viejas... ¿Verdad, Padre Jesús?...

P. Jesús Verdad, y también...

Fr. Luis. Excúseme Padre. Y también precisábamos, si á tanto llega la mgnanimidad de la señora... un copón...

P. Jesús. (*Aparte.*) ¡El copón!

Inés. Concedido, concedido. Hoy mismo escribiré pidiéndolo. Y ¿usted, Padre Jesús, que necesita?

P. Jesús. (*Aparte.*) ¿Qué pediré yo que á este hombre no se le ocurra? (*Alto.*) Yo...

Inés. Sí, dígalo, como lo dijo Fray Luis, ¿qué precisa?

P. Jesús. ¡Un cielo raso! (*Aparte.*) A ver si lo ha pedido también.

Inés. Pero, ¿tan mal está el que se compuso el año pasado

P. Jesús. No, señora duquesa; si me refiero al cielo raso del Tabernáculo, porque tenemos un Tabernáculo muy malo un copón inservible y una patena muy usada, y una cucharilla antigua, y una alfombrita, así como de quince metros, llena de agujeros...

Fr. Luis. Padre Jesús...
P. Jesús. (*Aparte.*) ¡Dios mío! Lo de los agujeros lo había pedido él ya.
Inés. Todo se arreglará, todo. Andrés, tomarás nota de las peticiones de los Padres.
Fr. Luis. Lo mío es tan poco...
Inés. Lo de usted lo recuerdo. La del Padre Jesús, tómala tú Carlitos; en el despacho tenéis servicio de escribir.
Carlos. Con mucho gusto. Vamos, padre Jesús.
P. Jesús. Vamos, hijo. Señora duquesa, señor duque, hermano. (*Aparte*). ¡Qué miradas me echa!
Carlos. Vamos. Por aquí. (*Vánse por izquierda Padre Jesús y Carlos).*

ESCENA VIII

DICHOS y AMA ANDREA por foro.

Ama. Señora...
Inés. Ay, sí, ama Andrea. Entretenida con las cosas de la Iglesia, olvidé á mis pobres colonos. Diles que pasen... (*Vase Ama por foro*).
Fr. Luis. Yo... (*Levantándose*).
Inés. No, no se vaya; de ninguna manera. Usted come hoy aquí con nosotros, presidiendo nuestra mesa. Y ahora va á hacernos la merced de presenciar este acto, el mas solemne de mi estancia en Puebla Vieja; mis colonos vienen todos á saludarme, y mi esposo y yo correspondemos al saludo, condonándoles multas, levantándoles impuestos...
Fr. Luis. Es usted un ángel, señora.
Inés. Por Dios, que se van á ofender los del cielo.
(*Aparece por foro Ama Andrea*).
Ama. Aquí están.
Inés. Que pasen.

ESCENA IX

Por el orden que se indica van pasando por foro. JUANELÓN con cayada de pastor.

Juanelón. Mi señora...
Inés. Adiós, Juanelón Salgado, mi buen cabrerizo; ¿cómo va la majada?
Juanelón. Hogaño buena, señora; todo el ganado pasta en firme

y críase rollizo y como de ventura. ¿Pues y los prados? Verdes, verdes. Todo florido, todo abundante.

Andrés. Gracias á tus cuidados.

Juanelón. La vaca Pastoriña dió un ternero pa la Sanjuanada, rubio como la madre y que trisca como un demonio por el otero.

nés. ¿Y tu mujer?

uanelón. Siempre la misma; pa la Pascua saldrá de cuido.

nés. ¿Otro?

uanelón. Quién sabe si serán tres como la vez pasada. ¡Dáse una maña para soltar críos!

Inés. Bueno; pues este año no pagaréis arrendamiento. De algún modo hay que compensar el que déis tantos mozos á Puebla Vieja.

Juanelón. Gracias, señora. Siempre fizo de bondades al pobre Juanelón Salgado; pero págolo en respeto.

Andrés. Anda, anda; lleva á tu mujer la noticia.

Juanelón. Corriendo, señora. Dios les conserve á todos. (*Al salir tropieza con Ama Andrea y le dice:*) Que este año díjome la señora que no pago arrendamiento por lo de los críos. El año que viene ya veré yo cómo me las apaño.

ESCENA X

DICHOS y MATÍAS. Trae un ramo de flores en una mano. Con la otra conduce á CECILIA. En la puerta AMA ANDREA.

Inés. Pasa, pasa, Matías Olmillo.

Matías. Señora... (*Dándole el ramo*).

Inés. Hiciste un ramo con las más bellas flores del jardín y has dejado fuera de él á la que llevas de la mano. Ven que te dé un beso, Cecilia.

Matías. Luego, mi señora, luego, si cree como á Dios, pedí, que lo merece. Antes habrá de escucharme la señora.

Inés. Habla. Y si quieres, siéntate. Eres tan viejo y llevas tantos años en la casa, que en mi presencia puedes hacerlo.

Matías. No ahora, cuando más bien de rodillas habríame de ponerme para que así la señora viérame mas humilde.

Inés. ¿Qué es ello?

Matías. Una desgracia. Una mancha que, mal lavada, ha de ser como afrenta sobre las canas de un pobre agüelo.

Inés. Me interesas. Acaba. ¿Te ofendió alguien?

Matías. No á mí, que fuerzas quédanle á estos puños para hacerse justicia. (*Con vigor.*)

Inés. Matías...

Matías. (*Humilde.*) Quise decir, si no hubiera quién la hiciese. (*Pausa.*) Nunca pidiera nada por mí que no pedilo jamás á los señores en más de medio siglo que á su servicio tienenme. Y cumple á Dios que lo que hoy pido, de más justicia es concederlo, que de deber pedirlo.

Inés. No te entiendo.

Matías. Sabe la señora que tuve un hijo, que también á la casa sirvió muchos años, todos los de su vida, menos los que lo hizo al Rey. Que aquí se crió y aquí se hizo hombre y aquí casó y... va pa dos años que aquí...

Inés. No te excites con el recuerdo de esa pena. Dios le envió la muerte cuando menos lo esperabais todos, pero, cúmplase siempre la voluntad de Dios. Sigue.

Andrés. (*Aparte, á Fray Luis.*) El pobre, como todos les viejos, cifraba en su hijo el descanso de su vejez.

Fr. Luis. (*Aparte, á don Andrés.*) Dios sobre todo.

Inés. Sigue.

Matías. Cuando heladito ya su cuerpo, se vió á la muerte pronta, esto me dijo: Padre, déjole á Cecilia, cuide por ella como si suya fuera, que de su sangre es, que es de la mía. Ya va pa mujer; veinte y un abril cumplió pa la Cruz, y no han de tardar en rondarla lo mozos. Cuídala, que floreciñas son las zagalas que más que sol y riego, precisan de vegilarlas. Y porque usté le queda, y confiarla á usté es lo mesmo que quedar yo á su lado, vóime á la tierra tranquilo. Ni palabra más dijeron sus labios. Y cuando de tarde cerrada ya, en el día siguiente volvía del cimenterio, á la moza que lloraba sin consuelo, de decirle hube lo que voluntad fué del hijo de mi alma. Sola te quedaste rapaza, pero aquí está el agüelo que sabrá efenderte y cuidarte, como si viviera pa ello el que en jamás ha de volver junto á nosotros. Y ende entonces, la floreciña más lozana fué de todas las que mis manos regaban; y á mozos que á rondarla vinieron, como intenciones sanas no les vide, espantélos bien lejos. Y vez hubo que la escopeta colgué á los hombros, porque hay atrevidos que apostaron llevarse un beso de la mozuela. ¡Ay del que entrara en mi huerta á robarme la rosa de mis cuidos! Tranquilo vivía, cuando va pa un mes que al volver á casa vila llorando.—¿Qué te aflige, rapaza? Y callaba.—¿T'han ofendío? Y callaba.—T'han dicho palabra que no podías oir ó acción te han hecho mal

hecha? Y callaba, y lloraba cada vez más. Cogila en los brazos; asentela sobre mis piernas, y como si aún fuera pequeñina, apretujándola bien en contra é mi pecho. — Cuéntamelo tó, tó, aunque te avergüences, aunque me mates.—Y lo que me contó, señora, lo que me contó no fuera pa dicho, si no hubiera que decirlo pa pedir justicia. ¡Los ladrones habían entrao en mi huerto y habíanme robado la rosa de mis cuidos!

Fr. Luis. ¿Eh?

Andrés. ¿Cómo?

Inés ¿Cecilia?

Matías No es pa avergonzar la ocasión, señora, que si dejóse robar, cegada fué de cariño según confesóme.

Andrés. ¿Y él?

Matías. ¡El! Dice ella que la quiere; que juróle tantas veces de amores como palabras cruzáronse.

Andrés. Entonces, si él está dispuesto á reparar la falta...

Inés. Aunque no lo estuviera. La moralidad de las gentes de mi casa ha sido siempre cuidado mío.

Cecilia. (*Echándose á sus pies.*) Perdóneme, señora; cegué con su cariño, turbéme de sus palabras, confié de sus promesas.

Inés. Levanta, levanta, pobre criatura.

Cecilia. Perdóneme antes.

Inés ¿Por qué no, si eres desgraciada?

Cecilia. El Señor la bendiga, la Virgen cólmela de bendiciones. Déjeme que bese sus pies.

Inés. ¡No! Levanta, se te hará justicia.

Matías. Verdad, señora, que sí; que se hará justicia, que no se quedará la pobre desamparada, que...

Fr. Luis. Se hará lo que Dios manda para estos casos. Todos estamos obligados á ello.

Andrés. Y para empezar nuestra obra de reparación, precisamos conocerle á él. Dinos su nombre, Matías Olmillo.

Matías. ¿Su nombre?

Inés. Su nombre, sí... ¿Por qué tiemblas? ¿Por qué bajas la frente?

Matías. Es...

Inés. ¿Quién? (*Cecilia corre á refugiarse á su abuelo.*)

Matías. Es...

Inés. ¿Quién? Acabad.

Matías. El señorito Carlos. (*Hay un momento en que el silencio se apodera de todos. Sólo el viejo, gallardamente, desafía los peligros de aquella lucha que va a empezar. Inés, despavorida, consulta á sí misma.*)

Inés. (*Turbada.*) Escuché mal... ¡Mentísteis!...

Andrés. ¡Carlos, mi hijo! ¡Imposible!

Fr. Luis. El heredero de Miraelsol. ¡Jamás! (*Inés coge al viejo y lo lleva hasta la ventana.*)

Inés. No; no puede ser, no puede ser. A ver, ven aquí, á la luz, cara á cara, frente á frente, no escondiendo la cabeza sobre el pecho, sino levantándola, irguiéndola, como se dicen las verdades; repite lo que has dicho, Matías Olmillo, repítelo ante tu señora, ante tu ama, la duquesa de Miraelsol. ¿Quién fué el seductor de tu nieta, quién?

Matías. El señorito Carlos.

Inés. ¿Y tienes el cinismo de repetirlo?

Fr. Luis. No se exalte, señora duquesa, este anciano debió sufrir un error.

Matías. ¡No! Fué él. ¡El!

Inés. Y tú, mala mujer. (*Va á cogerla, pero se interpone Matías.*)

Matías. ¡Señora! ¡Señora!

Fr. Luis. Calle usted.

Inés. ¿De qué astucias te valistes para el engaño? ¿De qué mañas para...?

Cecilia. No mentí. señora; fué él, él.

Inés. Oh, no; no basta. No merecíais sino que os echara de mi casa como á perros; pero porque la gente oyó la calumnia, porque tal vez pensando en que el escándalo os favorecería, no cuidásteis de recataros, de pregonar esa falsa deshonra, quiero, por ellos, no por vosotros, que sea mi hijo, mi propio hijo, el que os arroje á la cara el mentís. ¡Carlos! ¡Carlos!

Matías. Oh, sí; sí, señora; que sea él quien lo diga. El no es villano como nosotros, y en sus labios la verdad no parecerá calumnia como en los nuestros.

Andrés. Calla, calla ó no tendré paciencia y...

ESCENA XI

DICHOS, y por derecha PADRE JESÚS con un papel de notas.

P. Jesús. Todo, todo, hasta un paraguas para el sacristán y hasta unos... ¿Eh, qué pasa?

Inés. ¿Y mi hijo, padre Jesús?

P. Jesús. Quedó lavándose las manos.

Inés. Avísele, ama Andrea; que venga. (*Vase ama Andrea.*)

P. Jesús. ¿Qué ocurre, señores?
Inés. Ocurre...
Fr. Luis. Yo se lo explicaré, si me permiten.
Inés. Sí, sí. ¡Oh, Dios mío!
Fr. Luis. Ocurre, mi querido hermano en Jesucristo, un caso insólito. Hay en un lugar una casa señorial y de ella son dueños dos descendientes de las más ilustres familias españolas. Tienen un hijo á quien ligerezas no censurables de su juventud, tejieron una aureola de mocedad alegre. Como verá su claro entendimiento, mi querido hermano, esa aureola puede dar motivo á que se le suponga capaz de alguna aventurilla. Colonos de esa casa son un viejo y una joven. Un día la joven vióse enredada peligrosamente en las mallas de un amor fácil, y una ofuscación de abuelo y nieta—no me atrevo á pensar, como verá, que fué maldad perversa de intención—les hizo creer por fines que callo, que el seductor pudiera ser el hijo de los señores, y vienen diciendo que esa justicia ha de hacerse en el joven heredero de la casa. El asunto...
P. Jesús. Basta, mi querido hermano. Conocía también esa historia.
Fr. Luis. Estaréis conforme...
P. Jesús. Con que es verdad.
Andrés. ¿Eh? ¿Cómo?
Inés. ¡Padre Jesús!
Fr. Luis. ¿Luego usted cree...?
P. Jesús. Creo... en ellos y en Dios.
Cecilia. Gracias, gracias, padre Jesús.
P. Jesús. Ven aquí, desgraciada, cuyo crimen mayor no es la deshonra, sino el deshonrador. Ven, que aún hay brazos que te acojan.
Cecilia. Padre... padre... (*Queda de rodillas ante él.*)
Fr. Luis. ¿Sabe usted, por ventura, el pecado gravísimo en que incurre ante Dios el que ampara la calumnia?
P. Jesús. ¿Y usted sabe el pecado gravísimo en que incurre ante Dios el que desampara la verdad?
Fr. Luis. Esa mujer...
P. Jesús. Silencio... ¡Que está de rodillas!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y CARLOS por derecha

arlos. Mamá... ¡Ah!

iés. Ven acá, hijo mío; deshaz esta infamia, Carlos Alvear y Jimeno de Toledo.

ndres. Descendiente de príncipes y reyes.

nes. Heredero del glorioso ducado de Miraelsol, confunde á tus calumniadores, mantén el orgullo de tu estirpe, limpia el honor de tu apellido ilustre.

. Jesús. Señores, con menos palabras. Carlos, hijo mío, ¿es verdad que amastes é hiciste tuya á esta mujer?

arlos. ¡Sí!

nés. ¿Eh? No, no, no, no. Está obcecado.

ndres. Está loco

arlos. Perdóname, madre; perdóname.

nes. ¿Perdonarte? ¡Y has manchado para siempre el honor de esta familia!

arlos. Yo repararé mi falta.

nes. ¿Eh? ¿Cómo?

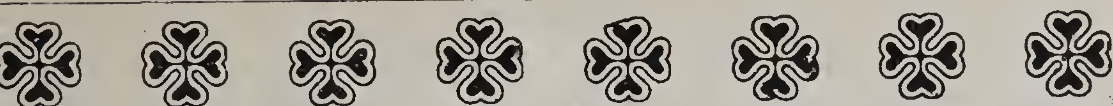
arlos. Yo devolveré el honor que robé.

Andres. Calla, calla.

nes. Oh, no; esto no puede quedar así. Fray Luis, usted, que con nosotros cree en la única verdad que hay en esto, busque solución, ilumínenos. ¿Cómo hemos de arreglarlo? ¿Cómo?

P. Jesús. ¿Cómo?... Así, señora. (*Echa á Cecilia en brazos de Carlos, que quedarán abrazados en el centro de la escena. Los duques y el fraile retroceden y el viejo Matías besa, llorando, la diestra del padre Jesús.*)

TELÓN



ACTO SEGUNDO

El mismo decorado que el cuadro anterior.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón, AMA ANDREA, asomada á la ventana, oye á la LOCA JUANELA, que desde dentro, con voz muy tristona, dice:

La loca. *(Dentro.)* Pobre rapaciña, la de us ollos negros como á noite; más negro que os teus ollos, es el teu sino. ¿Por qué te enamorache? ¿Por qué ó mirache á él que está tan alto como ño ceio? Rapaza, rapaza, la de us ollos negros, más negro que os teus ollos, es el teu sino.

Ama. Faltaba esto para que lo supiera todo el contorno. Dijéronlo á la loca Juanela y ella lo repetirá donde quiera que vaya.

ESCENA II

DOÑA INÉS por derecha. Viste bata de casa. Después DON ANDRÉS por derecha.

Ines. ¿Que haces ahí ama Andrea?
Ama. Oia á Juanela, señora; á la loca Juanela.
Ines. Tengo ordenado que no se habrán estas ventanas...
Ama. Perdóneme la señora, fué un descuido.
Ines. Vete. Llama al señor.
Ama. Voy. *(Vase izquierda.)*
(Al quedar en silencio, vuelve á oirse como un eco la voz tristona de la loca diciendo:)

La loca. *(Dentro.)* Oh, rapaciña, rapaciña, ¿por qué te enamorache? ¿Por qué ó mirache a él que está tan alto como no ceio?

(Doña Inés sin cerrar la ventana se retira de ella.)

Ines. Menester será hacer encerrar á esta mujer. A su locura dieron como pregón la deshonra de Cecilia y...

(Entra don Andrés.)

Andres. ¿Llamabas?

Ines. Sí. ¿Y tu hermano?

Andres. Creo que hablándole á Carlos.

Ines. Será inútil. Este hijo nuestro ha perdido la razón.

Andres. Como loco está. Desoye consejos, rehuye toda ocasión de oirlos, y cuando, confundido por nuestras palabras, de su silencio parece deducirse la vuelta á la razón, siempre la misma idea, la misma frase: «Devolver el honor que robó.»

Ines. Yo no sé ya en qué forma hacerle comprender que nos tros sólo su bien procuramos, que cuanto le decimos, es por exceso de cariño. El no podría ser feliz jamás al lado de esa mujer. Ella tampoco.

Andres. Y sobre todo, vivimos en un ambiente contrario á su modo de pensar. Nuestra familia, nuestra tradición, nuestra casa...

Ines. Todo contra su locura.

Andres. Mi hermano cree que puede conseguirse de Carlos...

Ines. Lo que no he conseguido yo llorándole, suplicándole, poniéndome de rodillas ante él...

Andres. Puede lograrlo su tío con la amenaza de privarlo de nuestra herencia. Es una razón la de esa amenaza, que desarma todas las sinrazones del sentimiento.

Ines. Ojalá sea así.

Andres. Por ti, únicamente, temo que no lo sea. Eres mujer y eres madre. Sé que la dignidad de tu estirpe está por cima de todos los sentimentalismos de tu hijo, pero es tu hijo y habla con el corazón en los labios.

ESCENA III

DICHOS y JUANELÓN corriendo por foro.

Juan. Señora, señor... Acabo de enterarme. Vengo muerto...

Andres. ¿Qué pasa?

Ines. ¿Qué?

Juan. ¿Cómo pudo atreverse el viejo? ¿Cómo así tan de pronto olvidó los respetos á los señores?

s. Pero, ¿qué sucede?

dres. ¿Quieres decir lo que sea sin comentarios?

n. Súpelo ahora mismo. Júroles señores que fué ahora mismo, que de haberlo sabido antes, antes hubiéralo dicho á los señores, porque yo sé que en ley de respeto...

s. ¿Quieres acabar?

in. Ay, sí; sí, señora. El señor Matías Olmillo que desde el día de la arribada de los señores púsose enfermo, esta madrugada cogió la mula y fuése á la ciudad con unos papeles.

dres. ¿Con unos papeles?

an. Sí, con unos papeles para darlos al señor juez, y que el señor juez en cuanto viérade esos papeles ha de mandar el casorio, porque declarado en ellos va por la misma mano del señorito Carlos, que él fizo la criatura y que él no desface lo que fizo.

és. Y tú, ¿cómo lo hás sabido?

anelón. Porque vídele pasar cabalgando en la mula desde el otero y corrí hasta encontrarle y seguile hasta que logré que me contáralo todo.

ndrés. ¿A la ciudad fué?

ianelón. El camino tomó todo derecho.

es. ¿Y vistes los papeles?

ianelón. ¡Quiá! Que escondíalos en el pecho y guardábalos con la escopeta que llevaba cruzada del hombro á la centura.

ies. Bueno; gracias, Juanelón; vuélvete al prado, y si algo más sabes, ó ves, ven á contárnoslo.

uanelón. Deu vos conserve bon. Ah señor, ¡qué poca conocencia tiene as gentes de o respeto á señores. *(Vase.)*

ESCENA IV

DOÑA INÉS y DON ANDRÉS

Andres. ¿Oistes?

nes. Sí; su locura que sigue. Estoy persuadida de que Matías Olmillo fué á la ciudad por mandato suyo.

Andres. También yo así lo creo. Carlos, decididamente ha perdido el juicio.

Ines. Y ¿crees tú que esta intervención del juez...

Andres. Mi hermano.

ESCENA V

DICHOS, y el MARQUÉS DE SAN CLEMENTE, DON JUSTO ALVEAR, por izquierda.

Justo. Nada. Es inútil todo. Está decidido, plenamente deci dido á reparar la falta que él juzga de honor.

Ines. ¿Le dijistes lo de la herencia?

Justo. Y se me encogió de hombros.

Andres. ¿Y lo de nuestra decisión de abandonarle si persist en esa locura?

Justo. Mereció un gesto de dolorosa resignación Créeme hermano, tu hijo está enamorado de esa mujer.

Ines. ¿Pero tú no comprendes que ese capricho de amor se hace imposible?

Andres. Vaya porque sólo fuera capricho de amor.

Justo. Yo creo que un apartamiento, una separación alg larga ..

Ines. Ayer nos dijo, contestando á una insinuación nuestra en tal sentido, que estaba dispuesto á pedir el retiro si intentábamos un traslado.

Andres. Entonces...

Ines. Sabes que mandó una declaración escrita al Juzgado relatando y culpándose del hecho.

Justo. Tiempo perdido. Vuestro hijo ha cumplido sólo los veinte años, y ella, por fortuna nuestra, cumplió en Marzo los veintitrés.

Andres. ¿Luego la ley no puede hacer presión sobre Carlos?

Justo. Ninguna. De no ser así, Carlos sería encartado en un proceso, al que no habría más que dos conclusiones finales, ó prisión correccional, ó boda.

Andres. ¿Y responsabilidad social?

Justo. La sociedad tan apegada á sus leyes de costumbre, vería con disgusto, no exento de desprecio, la realización de ese acto. Al lado de Carlos se formaría un vacío espantoso, y sobre vosotros...

Ines. Caería también ese desprecio por autorizarlo y consentirlo.

Justo. Justo.

Andres. Luego...

Justo. Ante el derecho y ante la sociedad obráis conforme.

Ines. ¿Y ante Dios?

Justo. ¿Ante Dios? Hermana mía, ahí ya no puedo dar mi consejo; pero ved, providencialmente llega Fray Luis.

ESCENA VI

DICHOS y FRAY LUIS por foro.

. Luis. Señores...

s. Le necesitamos, fray Luis. ¿Vió usted á esa mujer?

. Luis. Como por orden de ustedes permanece en una de las habitaciones del castillo, me ha sido fácil llegar á ella en varias ocasiones.

ès. ¿Y...?

. Luis. Sigue aferrada en su actitud.

sto. Lo que os he dicho, están enamorados.

és. Pero, ¿usted no cree, fray Luis, que todo ese apasionamiento sea momentáneo?

. Luis. En él, sí. En ella, desgraciadamente, no. Lo que á mi juicio fué en su hijo, y sigue siéndolo, un capricho, del que más tarde ó más temprano habrá de arrepentirse, en esa mujer es verdadero é intenso el amor. Y con ambos elementos, ¿imaginan ustedes lo peligrosa que sería una unión indisoluble?

és. ¿Luego ante Dios...?

·. Luis. Ante Dios, señora mía, este caso se aparta de la ley común para entrar en la ley del criterio.

és. Entonces hacemos bien...

r. Luis. A mi juicio, sí. Deben ustedes oponerse, negarse á consentir por ahora esa boda desigual y peligrosa. Su hijo es aún un muchacho y no mide las consecuencias de sus actos. Ahora bien, puesto que para ser mayor de edad le faltan tres años, puede esperar durante ellos y recapacitar. Si entonces piensa como ahora, el asunto cambia de aspecto y puede casarse. Mientras, no deben ustedes culparse ante Dios de haber autorizado lo que puede ser su perdición eterna.

nés. ¿Por qué no le habla usted á Carlos?

Fr. Luis. Yo creo que lo hace el padre Jesús.

Andrés. ¿El padre Jesús?

Fr. Luis. Así me lo han dicho; es un santo varón; pero acostumbrado sólo al trato sencillo y cándido de las gentes aldeanas, en su sencillez ve, como única solución, la que propuso el día aciago.

nés. Por ello, y en evitación de mal mayor, no sólo hemos pedido al señor obispo una reprensión, sino que procuramos entrase aquí lo menos posible. ¿Cómo lo hace sin nuestra venia?

Fr. Luis. Señora, no sé; pero también lo considero un peligro.

Inés. Llamaremos ahora á Carlos; luego cuidaré de que m órdenes se cumplan. ¡Ama Andrea!

ESCENA VII

DICHOS y AMA ANDREA

Ama. Señora.
Inés. El señorito Carlos.
Ama. ¿Que venga junto de los señores?
Inés. Sí. (*Vase ama por izquierda.*)

ESCENA VIII

DICHOS y CARLOS por izquierda. Viste de paisano. Después, po foro, el PADRE JESÚS.

Carlos. ¿Llamábais?
Andres. Sí. Siéntate. (*Va hacia el lado de Inés.*)
Ines. ¡Hijo mío! Te estás poniendo enfermo. ¿Por qué sufre tanto, hijo?
Carlos. ¡Mamá!
Ines. Nos estás matando á todos con esa locura tuya.
Carlos. No; no es locura, no.
Ines. Sí; sí, hijo mio, sí. Es locura que va á acabar con todos nosotros. Yo, tu pobre madre, la que tanto te adora, la que quisiera para ti, aun á cambio de todos sus dolores, la felicidad y la alegría mejor, voy á morirme de verte sufrir. Tranquilízate; tú fuistes siempre bueno, siempre me quisistes mucho.
Carlos. Y te quiero, mamá, te quiero...
Ines. Pues entonces, ¿por qué no me oyes? ¿Por qué no me complaces? ¿Vale esa mujer hallada ayer en el camino más que yo, tu madre...
Carlos. No, no vale más que tú; pero tanto como tú, sí.
Ines. Estas loco.
Andrés. Inés, déjalo; puede que tus palabras lo exacerben más.
Justo. Queríamos hablarte, Carlos.
Carlos. ¿Más de lo que me habéis hablado?
Justo. Más.
Fr. Luis. Queríamos que nos oyera usted á todos. ¿Rehusa?
Carlos. No, fray Luis; no; pero si lo que van á hablarme es de lo mismo, de lo único que desde hace ocho días se me habla en esta casa, no se cansen. He dicho y oído cuanto tenía que oir y decir.

·. Luis. Sin embargo, si no le es molesto...

arlos. No, molesto, no; me duele que todos me hablen así, tan secamente, tan fríamente...

·. Luis. ¿Ama usted á esa mujer?

arlos. ¿Amarla? Más, más. Haberla hallado en mi camino cuando todo en la vida me era indiferente y no sérmelo ella. Encontrarla humilde, pobre, cuando todos me hablaban de mi posición encumbrada y parecerme á mí mismo más humilde y más pobre que ella. Creer que yo en mi locura de amarla era generoso dándole mi amor y ver que ella en esa misma locura lo fué más que yo dándome su vida, ser dueño de su alma, de su corazón, de su honra, de toda ella, eso es más que amar, fray Luis, eso es algo que ni mis padres lo supieron nunca, porque se casaron sin conocerse, ni mi tío Justo lo supo jamás por su austerismo de hombre de estudios, ni usted, fray Luis, ha podido saberlo, porque á ustedes, Dios que les dió poder para serlo todo en la tierra y en el cielo, les ha negado ese, el único, el más grande, el mayor bien; el amor.

r. Luis. ¿Y sabe usted que eso es amor?

arlos. ¿Qué podría ser si no?

·. Luis. Capricho... apasionamiento...

arlos. Pasión, sí, que lo es el cariño, pasión arrolladora y ciega. ¡Capricho! ¡No!

r. Luis. Piense usted en que pudiera serlo. ¿Y entonces? ¿Cómo deshacer lo anudado para siempre?

arlos. Pero si no lo es, por qué he de pensar...

r. Luis. A usted le parece que no lo es. A nosotros, sí. De ahí nuestro empeño en enseñarle el camino del deber y de la razón.

arlos. ¿No es el que yo llevo?

r. Luis. No.

arlos. ¿No es deber del que quita una honra devolverla?

isto. Cuando el que la quita tiene conciencia de que la quitó, sí.

arlos. Y yo...

isto. Tú, ante la ley, no eres responsable.

arlos. ¿Cómo que no?

ists. Porque eres el menor, que obra sin conciencia criminal.

arlos. Pero ¿qué absurdo es éste? Yo, por mi carrera, puedo á los veinte años tener un error y conducir á la muerte á un puñado de hombres, y, sin embargo, no tengo el derecho de legitimar una vida que creé.

Justo. No eres mayor de edad, no tienes dominio sobre ti.

Carlos. ¿Y lo tengo sobre mis soldados, y lo tendría sobre mi enfermos si fuese médico, lo tendría para condenar un hombre si fuese juez y para absolverlo si fuese sa cerdote?

Justo. Entonces...

Carlos. Oh, eso es un absurdo.

Justo. Es la ley.

Carlos. Pero vosotros no pensaréis así.

Justo. Tus padres sólo quieren tu bien.

Ines. Sabemos que por mandato ó indicación tuya, el abuel de Cecilia fué á la ciudad á llevar al juzgado unos pa peles en los que declarabas y te hacías responsable de delito.

Carlos. Sí, no lo niego; quise, ya que en la ley de amor qu en vosotros creía, no hallé amparo para esa desgracia da, hacérselo buscar en la otra, más fría, más severa pero quizá con más alma.

Justo. ¿Rebelde también?

Carlos. Rebelde; pero no contra vosotros por lo que sois, sin por lo que representáis. Rebelde contra las leyes de mundo y de la vida, porque debió hacerlas quien no l vivió, quien no la sintió golpetear en el pecho y á cad golpe de corazón machacar un prejuicio y aplastar u convencionalismo.

Fr. Luis. La ley es justa siempre, joven.

Carlos. ¿Justa? ¿Y qué justicia es la suya cuando á una muje que perdió la honra le niega el deber de exigir su re paración?

Fr. Luis. Ella es mayor de edad; usted, no.

Carlos. ¿Ella supo lo que se hizo, yo no? ¿Verdad? Yo, qu cegado como ella por el dominio de una pasión extraña la llevé á caer ¡libre! Yo, que sabedor del mundo, co nocedor de la vida, hombre, la traje á lo que hast ahora es su deshonra, ¡libre! y ella, la incauta, la qu por razón de ley humana es más débil, más dúctil, má sensible, más ignorante, ella, la mujer ¡condenada sufrir la expiación de un delito que siendo de los dos es más mío que suyo! ¿Oísteis que argumentos? Fríos de acero, como el de esos jueces que porque la ley dic que el robo se pena con dos, tres ó con cinco años cas tigan al que porque sus hijos tenían hambre robó u pan. ¡Oh, no; no nos entenderemos jamás, tío Justo Vosotros sois la materia, yo la idea; vosotros la cosa yo el alma; vosotros pensáis temiendo porque sufr

desdoro la familia al hacerla mi esposa, y yo pienso temiendo por lo que quedará de mi honor y de mi dignidad al no hacerla. Nos separa un mundo.

Justo. El de los deberes sociales.

Carlos. El de las conveniencias sociales.

Justo. Pasemos por ello. Pero puesto que existen, estás obligado á acatarlas.

Carlos. ¿Y sin otro por qué que el de que la sociedad en que vivo rehusa admitir en su seno á una mujer que no pertenece á ella, pero que es honrada...

Fr. Luis. Lo fué.

Carlos. Lo es, que la ampara el honor del que robó el suyo. Porque esa sociedad, por sus conveniencias no la admita en su seno, he de lanzarla yo mismo á la deshonra, al abandono, al arroyo. ¡Esa es ley! ¡Eso es justo! ¡Eso lo manda Dios! (*En el foro aparece el padre Jesús.*) Oh, padre Jesús, venga usted, venga. Usted ve más alto y más claro que todos, tal vez porque sólo mira al cielo y lo hace por el cristal de su alma; ayúdeme usted á convencerles de que hago bien.

P. Jesús. ¿Y qué puedo yo, hijo mío, qué puedo yo?

Carlos. Decirles que no es pecado, ni ofensa, ni maldad lo que quiero hacer yo.

P. Jesús. Eso lo saben; pero temen reconocerlo.

Inés. Padre Jesús...

P. Jesús. Señora, sé que estoy en camino de perder el curato, como he perdido la confianza y el aprecio que siempre se me tuvo en esta casa.

Inés. Oh, no, no...

P. Jesús. No otra cosa prueba la carta que del señor deán recibí esta mañana, en la que me rogaba «moderar mis palabras y mis acciones, ajustándolas á la conveniencia de Dios y á la moralidad de esta casa».

Fr. Luis. Tal vez haya sabido el señor obispo que con sana intención, pero equivocado concepto, intervino usted en el asunto que á todos nos consterna.

P. Jesús. ¿Y lo supo por el buen Prior de los Dominicos?

Fr. Luis. Y por la señora Duquesa.

P. Jesús. ¡Ya!

Fr. Luis. Convenga, hermano, en lo preceptuado por padres espirituales de la iglesia. Si conoce usted á los tomistas y doctores, convendrá...

P. Jesús. Yo soy un pobre cura de aldea, que consagré toda mi vida al bien de mis feligreses. Yo no he leído tomistas y doctores, pero aprendí á deletrear en el corazón de

los hombres. Conozco á todos los de Puebla-Vieja. Mi manos les echaron el agua del Bautismo; mis mano les absolvieron del primer pecadillo; mis manos le dieron á Dios; les casaron, cerraron los ojos á los qu murieron; recogieron las lágrimas de los que sufriero y los besos de los que han sido felices; por ellas ha pasado en sesenta años todos los corazones de la alde dejando aquí sus mieles, su hiel, sus penas y sus go ces. ¿En qué libros ha podido usted aprender, Fra Luis, lo que este cura de misa y olla?

Fr. Luis. Acepto con humildad la lección; pero vea que este cas requiere...

P. Jesús. Conocer el corazón solamente.

Fr. Luis. Entre él y ella media una distancia enormísima. S clase social es completamente distinta.

P. Jesús. Dios no dijo «Amaos los ricos á los ricos», sino «Amao los unos á los otros».

Fr. Luis. Pero ya que cita palabras divinas, recuerde aquella otrás de «Buscarás mujer en tu igual».

P. Jesús. ¿Y no lo somos todos ante Dios?

Fr. Luis. No estamos de acuerdo, Padre Jesús.

P. Jesús. Hubiera sido caso raro que un sabio fraile dominic y un humilde cura de lugar lo estuvieran en esta ma teria. Ustedes, para los que aun dentro del Ministeri sagrado, hay clases. no descienden á oir la opinión d un canta misas y predica panes como yo.

Fr. Luis. No lo crea así, y para probárselo, dispuesto estoy conocer su opinión en este caso y acatarla. Dígala.

P. Jesús. ¿Mi opinión? Yo no tengo opinión, hermano mío; y no hago más que sencillamente creer en Dios y hace lo que Dios manda.

Fr. Luis. ¿Y en esto?

P. Jesús. Manda Dios que la Iglesia anude con sus bendicione ese lazo que ya es carnal.

Fr. Luis. Sin reparar en las consecuencias ulteriores.

P. Jesús. Las consecuencias ulteriores, créame usted á mí, ¿sab cuáles son? Pues una reata de chiquillos que van ser una bendición de Dios. ¡Si sabré yo lo que da d sí un «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espírit Santo...»

Fr. Luis. Señores, mis reglas me vedan provocar toda discusión ni mantenerla. Yo creo que el Padre Jesús tiene má razón y más talento que yo para aconsejar á ustedes Yo me limitaré á pedir á Dios, desde mi celda, qu los ilumine. (*Intenta marcharse. Le detiene Inés.*

Andrés. No es usted el que debe irse, Fray Luis,

P. Jesús. ¿Soy yo, verdad? Quédese hermano, quédese. Yo soy el que se va. ¿Con qué doctrinas voy yo á iluminar á estos señores, si la que yo sé y practico es sólo para pobres aldeanos? Quédese hermano. Con ello ganaremos todos: la sociedad, la ley, la moral y el decoro. La única que saldría perdiendo es... la que yo me llevo... el alma. Adiós. (*Va hacia el foro, todos callan.*)

Carlos. ¿Y le dejáis ir? (*Yendo hacia él.*) Padre Jesús, padre Jesús, no, no; venga usted aquí, conmigo, conmigo.

P. Jesús. Contigo, sí, hijo mío. ¡Contigo y con Dios! (*Vanse ambos por izquierda.*)

ESCENA IX

DICHOS menos PADRE JESÚS y CARLOS.

Inés. ¡Pobre hijo mío! ¡Qué desgraciado va á ser! Diga usted fray Luis. ¿No ofenderemos á Dios salvando á á nuestro hijo de la desgracia?

Fr. Luis. Dios está con ustedes, pues se inspiran en el amor de padres.

Andres. (*A Justo.*) Luego negando nuestro consentimiento, no podrá la ley, en manera alguna, hacerle casar.

Justo. (*A Andrés.*) No. Hasta que cumpla los veintitrés años tenéis potestad absoluta.

Andrés. Sin embargo, lo conveniente aquí sería apartarlo de Puebla Vieja y de ella.

Ines. Pero, ¿cómo? ¿No recuerdas lo que dijo ayer? «Si intentáis pedir mi traslado de guarnición, abandono la carrera.»

Fr. Luis. Hay un medio.

Andres. ¿Cual?

Fr. Luis. ¿Tienen ustedes influencia con el ministro dela Guerra?

Andres. Está dispuesto á hacer inmediatamente lo que le pidamos.

Fr. Luis. Solicítenlo una orden destinando á su hijo al ejército de operaciones en Marruecos.

Justo. Es verdad.

Fr. Luis. Así él, que por lo que dice y quiere hacer, es hombre de honor, no pedirá el retiro, exponiéndose á que se crea que es cobarde.

Ines. Pero á la guerra... Mi hijo á la guerra.

Fr. Luis. Allí, señora tal vez halle la paz que necesita.

Andrés. Tú mismo, Justo, ahora mismo, telegrafía al ministro, dile que urge, que es la única salvación de mi hijo.

Justo. Voy. (*Vase por foro.*)

Ines. Y usted fray Luis, usted á quien tanto bien debemos ya, haga por nosotros, por esta madre atribulada, por esta familia sobre la que jamás cayó el barro de un deshonor, por ese pobre hijo alucinado y loco, haga una última tentativa.

Fr. Luis. Con él es inútil.

Inés. No, con ella. Prométale largamentente. Cuanto usted le prometiera, nosotros se lo daremos; dígale que no abandonaremos á su hijo, que no despediremos á su abuelo, que les daremos una casa y dinero bastante para ser felices. Todo menos que mi pobre hijo se vea despreciado y mancillado hasta por sus servidores de hoy.

Fr. Luis. Lo haré en gracia á su dolor, que me aflige, y en loor á Dios que me escucha. (*Vase derecha.*)

Inés. Andrés, Andrés, esposo mío. ¿Cual crees tu que será el fin de esta desgracia?

Andres. (*Yéndose ambos por primera caja derecha.*) No sé, no sé. Creo que hemos perdido un hijo.

ESCENA X

DICHOS, y por segunda derecha MARUXA y CARMIÑA.

Maruxa. ¿Qué hacías allí, rapaza? ¿No te dije que como condenada habías de mirar aquella puerta? ¿Porque desobedecísteme?

Carmiña. Madre, dióme pena la pobriña.

Maruxa. ¿Pena? Si, razón tienes; no es mal pesar el suyo con lo que hizo de malo.

Carmiña. ¿Y que hizo de malo, madre? Quiso á un hombre.

Maruxa. Y dióle un bebedizo y trastornóle.

Carmiña. Trastornóle con amor, que hermosa es la rapaza como una mañanita de Abril.

Maruxa. Trastornóle con malas artes de embrujamiento y acabarade por volverle loco mismamente que don Santos, el de Mondragón.

Carmiña. Pena debía darles de mirarla como llora día y noche.

Maruxa. Ni en diez años que llorara borraría su pecado.

Carmiña. Madre, ¡mírela! (*Mirando á derecha.*)
Maruxa. ¿Dónde?
Carmiña. Mírela al final del corredor. ¿Vela, madre?
Maruxa. No veo nada.
Carmiña. Mírela allí, al acabar.
Maruxa. No veo nada... ¡Ay, rapaza, que ya embrujóte á ti su mirada! ¡Vete! ¡Vete! ¡Que no vuelva nunca más á verte en aquella puerta! ¡Tapiada debía estar y con tres clavos como los del Señor, clavada...! ¡Vete... vete!
Carmiña. Mírela aquí ya, ¿la ve?
Maruxa. Sí; muerta debiera de verla por traer á esta casa la desgracia. Vamos, vamos hija, que el demonio tienta de lejos.
Carmiña. (*Aparte, marchándose ambas.*) ¡Ay! ¡Quién fuera la rapaza que ya supo de amores! (*Vanse por foro.*)

ESCENA XI

DICHOS y por segunda derecha AMA ANDREA y CECILIA. Dentro, la voz de la loca JUANELA.

Ama. El señor prior me dijo que aquí te trajera y le esperases.
Cecilia. ¿El padre Jesús?
Ama. No, el otro; fray Luis.
Cecilia. Ay, ama Andrea, ¡parece que van á matarme! ¿Qué hice yo. ama Andrea?
Ama. Calla, que más que preguntar debieras estar rezando oraciones por el mal que hicistes.
Cecilia. ¡Pobre de mí!
(*Oyese la voz de la loca, dentro.*)
Loca. ¡Pobre rapaza! la de us ollos negros. Más negros que os teus ollos, es el teu sino. ¡Pobre rapaza!
Cecilia. Oh, ama Andrea. ¿Por quién dice eso la loca? ¿Por mí?
Ama. No será por mí, que en nada ofendí á Dios ni á los señores.
Cecilia. ¿Les ofendí yo?
Ama. Calla, que vergüenza debiera darte levantar la cabeza del suelo. (*Entra fray Luis por derecha.*)

ESCENA XII

DICHOS y FRAY LUIS.

Fr. Luis. Váyase. (*A ama que se va.*) Hija mía... (*Cecilia se echa á sus pies.*) No; de rodillas, no. No es el confe-

sor, es el amigo, el mediador. Los señores me enviaron para que en nombre de ellos le hable á usted.

Cecilia. ¿Me perdonan?

Fr. Luis. Están dispuestos á perdonarla si, como esperan, acata usted sus órdenes,

Cecilia. Sí, sí. Fray Luis, yo haré lo que ellos manden; todo lo que manden; pero que me perdonen.

Fr. Luis. Así lo desean, y antes de media hora puede lograrlo. Para ello bástale, hija mía, atender y comprender lo que voy á decirle.

Cecilia. Sí; diga, diga.

Fr. Luis. Por lo pronto, sepa que su abuelo queda al servicio de los señores.

Cecilia. ¡Oh! ¿Sí?

Fr. Luis. Sí, que la señora duquesa, queriendo darle ocupación menos trabajosa, lo destina á sus fincas de León de guarda mayor. A más de eso, y en premio á sus servicios, le hace donación de una casa; y para que su obra sea completa, le entregará al marcharse doce mil reales.

Cecilia. Y eso... señor... ¿por qué?

Fr. Luis. Escúcheme. No ha de pasar cuidado por el porvenir de ese niño. Recogido será en el convento y educado en él por...

Cecilia. ¿Mi hijo?

Fr. Luis. Su hijo, el hijo de su falta.

Cecilia. Entonces yo...

Fr. Luis. Usted seguirá á su abuelo á León, y allí procurará olvidar lo que fué más que un hecho, una ilusión.

Cecilia. ¿No comprende, señor, que así me matan?

Fr. Luis. Así únicamente logrará usted el perdón de los señores. Además, él, don Carlos...

Cecilia. ¿Lo dijo él?

Fr. Luis. (*Aparte.*) Perdóname señor. (*Alto.*) Lo dijo.

ESCENA XIII

PADRE JESÚS por izquierda.

P. Jesús. Pero no lo oyó nadie más que fray Luis.

Cecilia. Oh, padre Jesús.

Fr. Luis. ¡Padre Jesús!

P. Jesús. Siento que no conozca usted la forma de atraer á mis

feligreses. No es así como yo les tengo acostumbrados á oirme.

r. Luis. ¿Escuchaba usted tras de la puerta?

. Jesús. Perdóneme, hermano, lo aprendí hace poco.

r. Luis. Puesto que lo oyó todo, sepa que lo dicho por mí es la voluntad de la señora Duquesa. Dígaselo usted á esa mujer en la forma que acostumbre á hablar á sus feligreses.

. Jesús. Así. ¡Hija mía, eso que has oído, lo han dicho todos, todos menos él! (*A fray Luis.*) Así.

r. Luis. Dios le guarde. (*Vase derecha.*) (*Al quedar solos, Cecilia se echa en los brazos del padre Jesús.*)

ecilia. Todos contra mí, Padre Jesús, todos...

. Jesús. Menos él y yo, hijita ¡que me estoy llevando unos sofiones por servir llanamente á Dios y ayudaros á vosotros, que ya, ya.

arlos. (*Dentro.*) Padre Jesús.

ecilia. ¿El?

. Jesús. El, sí. El.

ESCENA XIV

DICHOS y CARLOS por izquierda.

arlos. Padre... ¡Oh, Cecilia, Cecilia, tú aquí!

ecília. ¡Carlos!

arlos. ¿Quien te trajo?

. Jesús. El demonio.

arlos. ¿Eh?

. Jesús. ¿A ti que te importa quien la trajo? Ahí la tienes, dile lo que quieras y...

arlos. ¿Se va usted?

. Jesús. Ah, pero, ¿también queréis que tenga que oir todo lo que os digáis?

arlos. Ven aquí, aquí, siéntate á mi lado, que yo te vea, que yo te escuche, que que yo sepa que eres tú la que me hablas y no un espectro que han puesto ellos frente á mis ojos para enloquecerme. ¡Habla, habla por Dios!

ecilia. Carlos, ¿por qué te fijaste en mí?

arlos. ¿Te pesa?

ecilia. Me duele por lo que sufres.

arlos. Pero triunfaré, triunfaré. Mis padres no son malos; ellos no temen más que por las gentes, y por el temor de que no pueda ser feliz al lado tuyo. Cuando lo vean,

cuando yo les enseñe con la despreocupación de mi espíritu á vivir en su siglo, tu verás como también ello son felices, viéndonos á nosotros.

Cecilia. ¿Tú lo crees?

Carlos. Hay algo que si no lo creyera me lo haría creer. M voluntad.

Cecilia. Díjome fray Luis, que tú también decías que marchara...

Carlos. ¿Eh?

Cecilia. Que daríaisnos dinero, y una casa y...

Carlos. ¡Calla, calla! No, no; eso no has debido ni oirlo si quiera.

Cecilia. No lo creí.

Carlos. Pero, puedes creerlo otra vez que te lo digan y...

Cecilia. No...

Carlos. Sí, sí, es preciso que yo te aisle de todos, que yo te libre de sus zarpazos, que yo te saque de este fuego de fragua, en el que tu voluntad, más débil que la mía se puede doblegar.

Cecilia. Y ¿dónde me llevas?

Carlos. ¿Temes?

Cecilia. Contigo no; si te quiero tanto, si nunca vi por otros ojos que por los tuyos, si por ver su luz andaría toda una noche sobre espinas...

Carlos. Oh, sí, sí, necesito librarte de todos. Me niegan el derecho de ser tu esposo, pero no podrán negarme el de ampararte, el de protegerte hasta que lo sea. ¡Ven, ven conmigo! (*Van hacia el foro*),

P. Jesús. ¿Dónde? (*Deteniéndolos).*

Carlos. Padre Jesús.

P. Jesús. ¿No véis que al huir os harán prender? ¿Qué tú aún no eres dueño de tu libertad? ¿Dónde váis, dónde?

Carlos. Lejos de aquí, de la fragua donde se domeñan las voluntades al fuego de los perjuicios; en busca de aire, de sol, de vida.

Fr. Luis. (*Dentro.)* Sí, ahí quedaron.

Carlos. ¡Ellos! ¡Ellos! ¡Déjenos huir!

P. Jesús. No.

Carlos. ¡Padre Jesús!

P. Jesús. ¡Caramba! ¡Que he dicho que no!

ESCENA XV

or derecha entran DON ANDRÉS, FRAY LUIS, INÉS Y DON JUSTO

— *(Al ver á Cecilia y Carlos, tienen todos un gesto de asombro.)*

Luis. ¿Con él?

los. Conmigo, sí, con el único que entre todos no la engaña, ni la ofende.

Luis. ¿Persiste usted en que obramos mal los que bien le queremos?

los. Persisto en que la quiero. En que es digna, en que es buena, en que es honrada y en que si todo eso no lo fuera, le bastaba para ser respetada por todos ustedes el ver la madre de mi hijo, madre de un Alvear, descendiente de príncipes y reyes, que pese á quien pese, niéguenlo todos, llevará mi apellido, mi sangre y mi estirpe,

s. ¡Hijo mío! ¡Hijo mío!

res. Ten juicio, Carlos; piensa con él y óyenos. ¿Sabes que no puedes sin nuestro consentimiento dar nombre á esa mujer?

los. Lo sé.

res. ¿Sabes que no hay ley á la que ampararte para hacer valer ese derecho?

los. Lo sé también, como sé que estáis dispuestos á no ceder no porque así os lo dicte el corazón, sino porque teméis el qué dirán de las gentes cuando sepan que un hijo, el heredero de los duques de Miraelsol, casó con una aldeana que á la boda no llevó ni el patrimonio de su honra; que teméis porque teméis, porque no me haga feliz; porque creéis que sea sólo un capricho esto que constituye la única razón de mi vida.

res. Así es.

los. Pues si es así, yo sabré probaros lo contrario. En la fragua de vuestros prejuicios podéis forjar una voluntad débil, y la mía no lo es. ¿He de esperar tres años para recobrar mi albedrío? ¡Esperaré! ¿He de sufrir con ellos vuestros reproches, vuestras quejas, vuestro continuo golpetear en el corazón? ¡Esperaré! Esperaré tenaz, esperaré siempre; pero sabré hacer míos el derecho y la ley, y con ellos á esta mujer.

to. Rebeldía es eso, Carlos.

los. Castigadme.

rés. No como castigo, pero sí como advertencia de él, ten.

(*Dándole un telegrama*). El ministro acaba de des
narte al ejército de operaciones de Marruecos; esta n
che misma habrás de recoger en la capital tu pa
porte.

Cecilia. ¿A la guerra?

Fr. Luis. A la guerra.

P. Jesús. (*Aparte á fray Luis.*) ¿También esto se debe al bu
rector de la Merced?

Fr. Luis. (*Aparte á padre Jesús.*) También.

Carlos. Supísteis hacerlo. El militar que al intentar cambia
de guarnición pediría el retiro, no puede por su ho
pedirlo ahora... ¡A la guerra!

Inés. Hijo mío, hijo de mi alma.

Carlos. Vosotros lo quisísteis.

Inés. Domeña el enfado de tu padre. Pídele perdón.

Carlos. Por todo lo que os ofendí, por todo lo que pude ag
viaros, sí; por lo que me separa de vosotros, no.

Inés. ¿Y ha de partir hoy, Andrés?

Andres. Así lo ordena el telegrama.

Inés. ¡Hijo del alma!

Carlos. Hoy, sí, ahora y ved cómo me marcho, solo. Pudi
llevármela, tenerla á mi lado, respetándola y haci
dola respetar. Pero no; así como una manceba, n
Quedará aquí. El padre Jesús velará por ella, y to
habréis de ver cómo las almas grandes aceptan
grandes sacrificios.

Inés. Pero hijo...

Carlos. Venga, padre Jesús. Necesito hablarle antes de m
char y tú... (*A Cecilia*) tú no temas. Sobre todos
convencionalismos de la ley, sobre todos esos error
sobre la miseria de las almas que no nos comprend
están tu amor y mi honor.

ESCENA XVI

CECILIA y rodeándola INÉS, DON JUSTO, DON ANDRÉS y FRAY LU
Dentro, la LOCA. Después AMA ANDREA.

(*Hay un silencio. Fuera se oye la voz de la loc*

Loca. (*Dentro.*) ¡Pobre rapaza! La de us ollos negros; m
negro que os teus ollos, es el teu sino.

Inés. Ama Andrea.

Ama. Señora. (*Entra llorando.*)

Inés. Cierra esa ventana.

ia. Está el día tan hermoso que dejárala abierta para que entre el sol.

s. Ciérrela. Abra si quiere la de la galería.

(Ama Andrea cierra y vase.)

ESCENA XVII

DICHOS menos AMA ANDREA.

. Luis. ¿Ha oido usted, hija mía? A la guerra.

idres. A sufrir allí el castigo de una falta.

es. *(Llorando.)* A morir tal vez.

sto. Está en su mano librarle de ese castigo, devolverle la tranquilidad que siempre tuvo.

és. Cecilia. ¿Cómo olvidaste tan pronto lo que te quisimos?

ecilia. ¿Que mal híceles yo, señores?

és. ¿No le ves cómo está por tu culpa?

ecilia. Quiéreme.

sto. Quia, no sea tonta, no se haga ilusiones, mi sobrino tiene hacia usted la terquedad de un capricho contrariado.

ecilia. ¿No me quiere?

isto. No puede, no debe quererla á usted.

r. Luis. ¿Por qué no acepta lo que en nombre de la señora duquesa le propuse?

iés. Amparáremos á tu hijo. os daremos para que podáis vivir tranquilamente. Pide cuanto quieras, cuanto quieras.

ecilia. Pídoles sólo á él.

usto. Lo imposible.

ecilia. ¿Y por qué? ¿No me quiere? ¿No le quiero?

ies. No le quieres.

ecilia. Señora, si tan ciego en sus mirares quedé, que toda la luz de mis ojos diera por él; si descalza iría sobre espinas por seguirle en su camino.

ies. Y se lo siembras de zarzales para que vaya desgarrándose el alma.

ecilia. Rosas pondríale, que no zarzas.

ies. Piensa Cecilia en lo que va á ser de su vida. Destrozas su porvenir, le haces desgraciado. ¿Tú no comprendes que él vivió siempre en otro mundo distinto al tuyo, que está acostumbrado al lujo, al bienestar, á los caprichos, y que todo eso lo va á perder?

Cecilia. ¿Conmigo?

Andres. No supondrás que al desobedecernos le vamos á de nuestra herencia. Quedará pobre.

Inés. Y te maldecirá entonces, culpándote de su pobreza será desgraciado eternamente.

P. Luis. Y ni en Dios hallará usted consuelo.

Cecilia. ¿Ni en Dios?

Ines. Siempre serás la mujer deshonrada antes de ser es sa. Creerán que lo fuiste por ser rica y se mofarán ti al verte pobre.

Cecília. Señora, señora...

Inés. Ten piedad para él, para mí, para todos. Olvídale.

Cecilia. ¿Y si no puedo?

Ines. Hazle creer que le olvidaste.

Cecilia. No lo creerá.

Inés. Al principio no; luego bendecirá la hora en que vol á ser lo que fué. Piensa en que va á la guerra y q pueden matarle allí.

Cecilia. ¿Matarlo?

Inés. Porque desesperado se pondrá al frente de las balas su muerte caerá sobre tu conciencia. ¿No dices que quieres tanto? Sacrifícate por él; el cariño no es so felicidad; es también sacrificio.

F. Luis. Sacrifíquese usted por lo que ama.

Cecilia. ¿Y qué he de hacer?

Ines. Irte, irte lejos, donde no te vea, donde no sepa de Nosotros cuidaremos de que nada os falte; pero, p Dios, devuélveme á mi hijo; anda, que no te vea ya despedirse. Escóndete para él. Después que haya ma chado, os pondremos el coche que os llevará á León impediremos que embarque para la guerra.

Cecilia. Señora, señora...

Inés. Anda, que ya vuelve...; de rodillas te lo pido. ¡ hijo! ¡Mi hijo!

Cecilia. Perdilo para siempre... ¿Señora?... ¿daràle usted u beso comosi fuera mío?

Inés. Sí, y á ti otro. Toma, te perdono, te perdono.

Cecilia. ¿Le pordonarán también á él.

Inés. Como á ti.

Cecilia. ¿Como á mí?

Inés. Ama Andrea.

Ama. Mándeme. *(Entrando.)*

Ines. Sigue á Cecilia. Tenla en tu cuarto hasta que yo avise. *(Sale Cecilia. Tras ella y á distancia por foro también Ama Andrea. Pausa.)*

és. ¿Habré hecho un mal, fray Luis?

. Luis. Ha salvado usted á su hijo.

és. Pero le quiere, le quiere. ¡Quizá no serían desgraciados!

(A poco se oye á Ama Andrea dar un grito espantoso.)

na. *(Dentro.)* ¡Aaaaah!

es. ¿Eh?

drés. ¿Qué pasa?

. Luis. Ese grito...

ESCENA ÚLTIMA

RLOS y PADRE JESÚS por izquierda. Aquél con pantalón de uniforme, en mangas de camisa. Por foro asustada AMA ANDREA.

Jesús. ¿Qué sucede?

rlos. ¿Y Cecilia, madre?

na. ¡Ah... ah!

dres. ¿Que pasa?

es. ¿Y Cecilia, ama Andrea?

rlos. Hable usted.

na. ... Ay señora... señora... ¡Qué espanto!... al pasar por la ventana de la galería que me mandó abrir,..

és. ¡Ah!

na. Tiróse al coso.

dres. ¡Ah!

rlos. *(Yendo hacia su madre.)* ¿Qué has hecho madre?, ¿qué has hecho?

Jesús. *(Aparte á Carlos.)* ¡La fragua... la fragua!

rlos. ¡La fragua maldita!

es. ¡Corramos, aún podemos salvarla!

rlos. ¡No! ¡Vosotros no! ¡Atrás, atrás todos! ¡Vuestra obra acabó aquí! ¡Ya no puede ser duquesa de Miraelsol!

TELÓN.

Obras del mismo autor.

EN TRES ACTOS

Alma de apache. Teatro Nuevo Apolo. (Madrid.)

EN DOS ACTOS

El tren que vuelve. Teatro Circo. (Cádiz.)
La detective. Teatro de Verano. (Cádiz)
El tren de los sueños. Teatro Alvarez Quintero. (Madrid.)
Las fraguas. Coliseo Imperial. (Madrid.)

EN UN ACTO

Del huerto vecino. Teatro Cómico.
Cadiz, tacita de plata. Teatro de Verano. (Cádiz.)
Riberica abajo... Teatro Circo. (Cádiz.)
Amoríos. Teatro Principal. (Cádiz.)
El mentir de los viejos. Coliseo Imperial. (Madrid.)
Luna de Mayo. Teatro Principal. (Cádiz.)

Precio: DOS pesetas.